

Pierre Servent

RUDOLF HESS

EL ÚLTIMO ENIGMA
DEL TERCER REICH

Traducción del francés
JUAN RAMÓN AZAOLA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	15
<i>Prólogo. El vuelo de Hagen</i>	23

PRIMERA PARTE
DE LA INFANCIA AL TIEMPO DE GUERRA
1894-1918

1. UN ALEMÁN DE EGIPTO	35
2. LA PRUEBA SUPREMA	46
3. EL DESGARRO	53
4. LA PLUMA Y LA ESPADA	63

SEGUNDA PARTE
A LA SOMBRA DEL «SIN NOMBRE»
1919-1933

5. EL QUE VIENE... ..	75
6. EL DEVOTO ABSOLUTO	94
7. AL ASALTO DE MÚNICH	107
8. <i>MEIN KAMPF</i>	116
9. LA CONQUISTA DEL PODER	129

TERCERA PARTE
A LA LUZ DE UN REICH ETERNO
1933-1941

10.	LA REVOLUCIÓN NEGRA EN MARCHA	149
11.	CUANDO LLEGA LA HORA DE LOS CUCHILLOS LARGOS	168
12.	DUDAS EXISTENCIALES	186
13.	APOTEOSIS GUERRERA Y CONTRAESPIONAJE	206
14.	ENTENTE CORDIAL GERMANO-BRITÁNICA	216
15.	EL PAPEL DE ALBRECHT HAUSHOFER	222
16.	EL HECHIZO DEL O'DAIJIN	233
17.	¿CÓMO Oponerse a la naturaleza del ESCORPIÓN?	238
18.	OPERACIÓN H	249
19.	ENREDO CON LOS SERVICIOS SECRETOS	258
20.	INTOXICACIÓN	265
21.	LA ORDEN DE MARÍA TERESA	273

CUARTA PARTE
LA ONDA DE CHOQUE
10 DE MAYO DE 1941

22.	TEMPESTAD SOBRE EL BERGHOF	279
23.	CONFUSIÓN ALEMANA Y ESPECULACIÓN INTERNACIONAL	288
24.	LOS HERMANOS MARX, BATA CON DRAGONES Y HUEVOS REVUELTOS	297
25.	LORD HESS	310
26.	¿UN NUEVO COMplot CONTRA EL FÜHRER?	315
27.	UNA LLUVIA DE DETENCIONES	325
28.	EL SAPO SE RESISTE	335
29.	RADIOSCOPIA DE UN «DESPEGUE»	345
30.	«HESS SE ALEJÓ DE MÍ»	358

QUINTA PARTE
DE UN PRESIDIO A OTRO
1941-1987

31. EN ESPERA PSICOLÓGICA	371
32. UNA BOTELLA EN EL MAR	378
33. UNA DETENCIÓN MÁS BUCÓLICA	386
34. NÚREMBERG: EL MUDO DEL SERRALLO	395
35. LA CLÁUSULA SECRETA GERMANO-RUSA	404
36. EL ERMITAÑO DE SPANDAU	420
37. CONFIDENCIAS AUTORIZADAS... ILEGALES	433
38. EL SOCORRO DE LA RELIGIÓN	440
39. EL MISTERIO DE LA CASA BLANCA	446
40. CONSPIRACIÓN, PEQUEÑOS ARREGLOS Y SUBASTAS	455

<i>Conclusión</i>	463
-------------------------	-----

ANEXOS

<i>Anexo 1.</i> Memoria de Rudolf Hess del 6 de septiembre de 1941 (traducido el 9 de septiembre)	471
<i>Anexo 2.</i> Memorándum de sir Loxley, colaborador del secretario permanente de Asuntos Exteriores, sir Alexander Cadogan	488
<i>Anexo 3.</i> Declaración final de Hess en Núremberg	494
<i>Notas</i>	499
<i>Fuentes y bibliografía</i>	527
<i>Agradecimientos</i>	535

INTRODUCCIÓN

Todavía no se había publicado en Francia ninguna biografía de Rudolf Hess (1894-1987). La cosa era cuando menos sorprendente, puesto que se han consagrado miles de libros al Tercer Reich y a sus dignatarios. Otros caciques nazis han pasado por el tamiz de historiadores, periodistas e investigadores franceses, pero no el primer lugarteniente de Hitler. Sin embargo, su perfil no carece de puntos de enganche para el que quiera asirse, en el espesor del acero de la maquinaria hitleriana, a uno de sus engranajes más definidos y más resistentes. Hess es un nacional-socialista del tipo «canal histórico», uno de los más viejos camaradas de lucha de Adolf Hitler. En los archivos filmados de la época, con ocasión de desfiles y asambleas nazis, es imposible no ver su silueta rígida, su frente sombría, con su mano derecha pegada al cinturón, de uniforme pardo o negro. Su vocación no es solamente la de estar en la estela de su amo: él *es* la estela del Führer. Este antiguo piloto de caza de la Gran Guerra no tarda en convertirse en su hombre de confianza, su clon a la cabeza del partido, un producto político puro de los años de crisis.¹ Personaje muy querido por el pueblo alemán por su simplicidad de costumbres, por su integridad y su aparente empatía, a ojos de todos es la «conciencia del partido».

Pero un día de mayo de 1941, en plena guerra, la «conciencia» voló hasta Escocia y, sencillamente, el delfín desapareció de las pantallas de ra-

dar del Reich. Piloto consumado, e incluso temerario,* este apasionado de la aeronáutica provoca la estupefacción general al eclipsarse para ir a proponer un plan de paz a los británicos cuando Hitler se apresta a invadir Rusia para llevar a cabo allí una «guerra de aniquilación». Sin duda es ese vuelo enigmático la razón de que el papel del *Reichsminister* parece haber interesado sobre todo a nuestros amigos anglosajones y muy poco a los autores franceses. Mientras los libros sobre el jerarca nazi pululaban estos últimos decenios al otro lado del Canal de la Mancha —desarrollando a menudo tesis nebulosas—, en Francia su nombre iba cogiendo polvo tranquilamente en el estante de «Accesorios y psiquiatría del Tercer Reich». Era ya hora de hacerlo salir de debajo de esa oscura capa de polvo. Su relación con el concepto *locura* reaparece continuamente en la literatura que le ha sido consagrada: locura por su pronunciada afición al esoterismo, al ocultismo, a la astrología y a las medicinas paralelas; locura de su vuelo de la paz sin comité de recepción a la llegada; locura por su comportamiento errático en el proceso de Núremberg; locura por su actitud a lo largo de los cuarenta y seis años de detención (1941-1987), en Gran Bretaña y después en Alemania (Núremberg, Spandau) jalonados por tentativas de suicidio a veces al límite de lo tragicómico.

Lo que no carece de ironía en ese tránsito por la *locura* es que él mismo se halla en el origen de esa leyenda. En su carta de despedida a Hitler le sugiere esa pista de explicación pública si fracasaba su misión de buenos oficios. Los primeros en declararle «loco» no sin algunas contorsiones semánticas dolorosas, son por tanto los propios nazis y por sugestión suya. Se trataba de explicar lo inexplicable: ¿cómo aquel íntimo de Hitler, aquella viga del régimen, había podido embarcarse en un asunto tan abracadabrante? Constituyó un terremoto para toda Alemania, y mucho más allá de ella, como lo prueban los despachos diplomáticos de la época que hemos consultado. ¡Hess se había ido volando! ¿Cómo pudo producirse tal acontecimiento en un Reich bajo constante vigilancia de

* En 1934, siendo ya ministro del Reich, recibe un trofeo con ocasión de la carrera aérea en torno al Zugspitze. Terminó la Gran Guerra como piloto de caza con el grado de teniente.

la Gestapo? ¿Qué podía significar la partida hacia el enemigo del único personaje «virtuoso» del régimen?

Por entonces, los medios de la resistencia alemana se apoderaron con avidez del acontecimiento y de la patética propaganda del poder nazi por tratar de desactivar una bomba que hoy día calificaríamos de mediática. Bajo cuerda, se contaban entre ellos este chiste:

Tras su lanzamiento en paracaídas sobre Escocia, Hess es recibido por el rey de Inglaterra.

—¿Es usted el loco?

—No, ¡solo soy su segundo! —contesta el alemán...

En el mismo sentido, en Gran Bretaña la prensa disfruta al máximo, invitando a otros jefes nazis a que se unan a él: «Cuanto más locos estamos, más nos reímos». * Hay que reconocer que el diagnóstico de locura le va como un guante si nos atenemos a las apariencias. Su fisonomía no obra en su favor. De rasgos cortados con hacha, su rostro parece a menudo inquieto y fácilmente inquietante. Un maxilar inferior carnívoro, le otorga una estructura facial perfectamente rectangular. Sus ojos de un gris azulado, que se adivinan al fondo de unas profundas órbitas, están protegidos por un denso haz de cejas. La frente es neandertaliana y tan solo revela parte de su compleja personalidad. El hombre es alto, esbelto y deportivo. Es atento, tiene educación y buenas maneras. Hess tiene mucho mejor porte que un Goering ventrudo, que un Goebbels cojo o que un Himmler enclenque y gafotas. Gran sacerdote del nazismo, este soldado parece más cinchado que vestido: cinturón y bandolera de cuero, botas, brazalete nazi e insignia del partido sobre el pecho completan sus hábitos sacerdotales. Como coquetería suprema, en el ámbito del nazismo donde el uniforme se lleva lo más cargado posible de condecoraciones, practica en ese terreno —como en su alimentación— una sobriedad que contrasta con las costumbres, propias de sátrapas, de otros paladines del Tercer Reich. Este asceta es del tipo «monje-soldado». Es decir, tiene pocos amigos en el seno del equipo dirigente del Reich.

* Es un comentario que acompaña a las imágenes de los noticiarios de la época.

En el plano temperamental es un hombre comprometido, que quiere hacerlo bien y que no se desvía jamás de su camino cuando ha recibido una misión del Führer o cuando él se ha impuesto alguna para trabajar, como él mismo dice, «en el sentido» del dueño de su alma. Adolf Hitler alaba, a veces sin dejar de quejarse, su lado «cabezota» cuando ha decidido algo. El hombre, en efecto, no contraviene, no se desvía, no reniega. Vive como un alma sumergida en un acero ario carente de defectos. Para hacerle cambiar de opinión solo hay un argumento que pueda influirle: hay que decirle que su actitud es «poco viril».*

Existen fotografías de carácter más privado que esbozan otra faceta del jerarca. Ofrecen una imagen más romántica, casi nos tienta decir más infantil de este bávaro melómano, cultivado y apasionado por la geopolítica. Incluso en el poder conservará siempre su pequeño lado de «hijo de buena familia, introvertido y disciplinado» que gusta al alemán medio. Este último ve en él la marca de su autenticidad, de su rusticidad y de su integridad. Es un hombre de cuya virtud no se puede dudar, al menos según los cánones arios. No tiene gusto alguno del poder por el poder y siempre preferirá salir a hacer una escapada por la montaña en solitario, en Baviera, antes que tratar de extender su esfera de influencia por la marisma berlinesa, donde las otras fieras del régimen se desgarran unas a otras. Un gran marchador que adora la naturaleza. Las cumbres le atraen, le deslumbran, le alzan fuera de su turba interior. Hasta los últimos años de su vida mantendrá una gran resistencia en esa actividad practicada en adelante en espacios lisos y confinados entre los cuatro muros de un recinto. Imágenes robadas lo muestran, solo, con más de ochenta años, recorriendo a grandes zancadas el «jardín» de su prisión de Spandau (Berlín). Con un sayal pardo más bien habríamos visto a ese meditabundo deambulando en silencio por el claustro de una abadía cisterciense. El problema es que su dios se llama Hitler y que él es uno de sus primeros discípulos. Es a la vez el San Pedro** y el San Pablo***

* Véase el capítulo dedicado a Núremberg.

** San Pedro: el que en la religión cristiana es el primero en reconocer a Jesucristo como el Mesías, el hijo de Dios.

*** San Pablo: «el engendro de Dios» que recorre incansablemente la cuenca mediterránea y la Anatolia para propagar la palabra de Cristo.

del Führer. Su catecismo se llama *Mein Kampf*. El Satán a destruir es, a sus ojos, el judeo-bolchevismo. Es un contemplativo, ciertamente, salvo cuando se trata de trenzar coronas de laurel para su dios viviente. Impresionado por el modelo italiano del Duce, es él quien forja y quien primero utiliza la expresión *Mein Führer*, «mi jefe», «mi guía», para nombrar a Hitler. En privado, lo designa también hablando de «el Hombre». * Cuando se trata de «él», este gran tímido que detesta hablar en público parece al borde del éxtasis amoroso. No hay palabra suficientemente hiperbólica que describa toda su felicidad por pertenecer al primer círculo del «Lobo» (*Wolf*, el sobrenombre de Hitler) y haber sido uno de los más diligentes en hacerse con el regalo hecho por la Providencia al pueblo alemán con aquel milagroso envío tras el considerable traumatismo de la derrota de 1918. Al final de sus discursos, como un telonero que interviene antes de que lo haga una estrella del rock, al borde de la histeria, los vuelos repetidos de su brazo extendido se asemejan a extasiadas embestidas en dirección al dueño del Reich sentado a su lado. Bajo la lluvia de elogios, Hitler escucha con una tímida sonrisita de doncella virtuosa. Si la película no fuera en blanco y negro, juraríamos verle sonrojarse ligeramente al recibir las inflamadas declaraciones del fiel entre sus fieles. Sabe que puede contar con este testarudo antiguo combatiente. Puede jurar que le anima el más absoluto desinterés, contrariamente a los otros turiferarios nazis, ávidos de prebendas, de condecoraciones y de puestos.

Estos *otros* —llegado el poder y llegando la guerra—, suplantarán sin embargo a Hess si no en el corazón del Führer en todo caso en sus pensamientos, enteramente volcados hacia sus preocupaciones estratégicas. El devoto experimentará por ello un intenso dolor. En los *Hess Papers* de los Archivos Nacionales Británicos de Kew (Londres) se encuentra una nota que habla del amor (*love*) que tiene Hess por su héroe, al que quiere volver a ver a toda costa.² Un diplomático estadounidense, al comienzo de la guerra, habla de este hombre extraño con el que acaba de encontrarse durante largo rato como un personaje inteligente, pero con una fidelidad «canina» por el amo del Tercer Reich.

* En los Evangelios, Cristo es llamado «el Hijo del hombre».

Para poder contar la historia de ese periodo en forma de tragedia, comprender y explicar el sentido de su vuelo de 1941 hacia el enemigo —y aprovechar la apertura de nuevos archivos en Gran Bretaña (en 2017 y 2019)—,³ había llegado el momento de pasar por el escáner a este personaje central del nazismo. Un cacique cardinal... y paradójico: al tiempo romántico y fanático, pacífico y violento, místico y prosaico, tímido y estruendoso, lunático y determinado, resiliente e hipocondríaco, humanista y antisemita. De noche, este Jano bifronte sueña con paz y con luchas. De día, sufre violentos dolores de estómago, consecuencia de sus íntimos desgarros.

Si exhumamos el expediente Hess es porque es un libro abierto sobre el nazismo, desde su nacimiento hasta 1941, y en particular sobre su ascensión entre los años 1920 y 1933. Hess es todo menos un personaje secundario, un simple secretario privado encargado de las escrituras y de la agenda, o un hombre algo mal de la cabeza como a veces puede leerse. Maniobra junto a Hitler para la conquista del poder y para su consolidación tras el acceso a la cancillería. Este hijo de buena familia está presente en todas las fechorías del partido nazi y sirve a Hitler de garantía moral para cubrir sus crímenes con un velo de decoro y de elegancia. Hay en este alemán del extranjero (nació y vivió en un Egipto bajo influencia británica) algo de «doctor Jekyll y mister Hyde». Detrás de su mirada entre iluminada y torturada se refleja el rostro terrorífico del nazismo: el proyecto ideológico que llevó al frente de un país educado, sutil, romántico e impregnado de espíritu jurídico a un asesino en serie de magnitud incontable, a alguien como la Historia nunca antes había conocido.

Hess es el último enigma del Tercer Reich. ¿Por qué se fue a Escocia en plena guerra? Había madurado sólidamente su tentativa de mediación de la última oportunidad. El vuelo de Hagen,^{*} con una rama de olivo en la mano, devino en «locura» porque... fracasó. Pero ¿eran realmente nulas sus probabilidades de éxito? Después de ese fracaso, la idea de trabajar

* El príncipe Hagen es uno de los personajes principales de *El Cantar de los Nibelungos* (s. XIII), una leyenda muy conocida del repertorio germánico. Este guerrero burgundio, que ha matado a Sigfrido, encarna el sentido del sacrificio y de la fidelidad absoluta.

en una reconciliación con Inglaterra será retomada por otros. En este caso, por Hitler y Himmler, el segundo sin contarle del todo al primero sus propias iniciativas. En cuanto a la continuación de los acontecimientos (su detención desde 1941 a 1987), esta nos revela un personaje perturbado, obsesivo, hipocondríaco, a veces suicida, pero en absoluto «loco». Durante media vida transcurrida en prisión, el delfín manifestó, por el contrario, una asombrosa capacidad de resiliencia para hacer frente a una detención con frecuencia dura y sin igual, por su duración, en la historia contemporánea: casi medio siglo. Para resistir, se aferró con uñas y dientes a la idea de que él no había sido sino un incomprendido «mensajero de la paz». Otras preguntas a propósito de este personaje de múltiples facetas se suscitan en cantidad considerable. Hemos querido responderlas con precisión. ¿Cuál era exactamente la naturaleza de la relación con su amo y señor? ¿Hubo una relación amorosa —homosexual, homoerótica...— con Hitler, en particular con ocasión de la detención de ambos en la prisión de Landsberg, en 1923-1924? ¿Es por esa razón por la que el Führer, por lo general avaro de toda manifestación exterior de calidez o de ternura* (salvo con su perra Blondi y, a veces, con niños que eran empujados hasta él), le reservaba ante testigos señales físicas de profunda amistad, a veces saliendo con él de su despacho cogidos ambos del brazo? ¿Qué lugar ocupaba en el corazón de un Hitler afectivamente deficiente que no comprendía lo que el término «alteridad» podía significar? ¿Quién dictó al otro la biblia del nazismo, *Mein Kampf*? ¿Fue Hitler, quien nunca había residido en el extranjero (aparte de Francia y Bélgica durante la guerra) y cuyo bagaje universitario era inexistente, o el estudiante de comercio, y luego de historia y geopolítica, nacido y criado en el extranjero? ¿Fue el modesto cabo durante el 14-18 o quien acabó esa guerra como oficial y piloto de caza? ¿Quién influyó en quién? En fin, ¿partió en 1941 cumpliendo una orden de Hitler para cerrar el frente occidental o por propia iniciativa? ¿Optó por la defección porque encabezaba un complot en el que estaban implicados ciertos medios políticos y militares hostiles al belicismo del Führer, como lo temían Hitler y su

* Hitler detestaba el contacto físico en público, las manifestaciones de calor humano. Huía de ellas, literalmente.

séquito y como lo recogen los diplomáticos franceses destinados en los países neutrales?

A estos se unen otros interrogantes: tienen que ver con la relación singular y simbiótica que se tejió entre los dos hombres. ¿Por qué Hitler lleva consigo una especie tan profunda de tristeza incluso tiempo después de la defección de su lugarteniente? Se confía, quejoso, a una viuda: «¡Hess se ha alejado de mí!». Extraña fórmula para un dictador feroz. ¿Qué pasó en Gran Bretaña después de que Hess fuera capturado? ¿Se reunió allí con algo más que con segundones? ¿Con el propio Churchill? ¿Qué papel desempeñaron los británicos, que sabían perfectamente que la invasión de la Unión Soviética estaba prevista para el mes de junio de 1941, es decir para unas semanas después de su llegada? ¿Le tendieron los servicios secretos deliberadamente una trampa, como no cesan de proclamarlo gran número de libros anglosajones que sustentan la conspiración?

Como vemos, la lista de preguntas sobre el «caso Hess» es larga. A la que hay que añadir los episodios de Núremberg y de Spandau. ¿Cómo puede concebirse que, disculpado al final del proceso de Núremberg de las acusaciones de crímenes de guerra y de crímenes contra la humanidad, Hess fuera condenado a perpetuidad mientras que un alto responsable como Albert Speer, un fiel a Hitler hasta los últimos días del Reich, culpable de la esclavitud industrial de millones de hombres y mujeres, fuera condenado solamente a veinte años de prisión? ¿Cómo un hombre, en fin, de noventa y tres años, artrítico y medio ciego —prisionero único, vigilado por una plétora de guardias y guardianes en Spandau— pudo ahorcarse con un alargador eléctrico en un cobertizo del jardín?

Es hora ya, por tanto, de responder a todas esas preguntas de manera nítida, apoyándonos especialmente en archivos inéditos, en una vasta bibliografía, en un sólido conocimiento de los arcanos del nazismo y de la Segunda Guerra Mundial, así como del funcionamiento de los servicios secretos. Sin olvidar una buena dosis de sensatez, virtud más bien rara entre las obras *kitsch* consagradas a aquel pilar del Tercer Reich.

PRÓLOGO

EL VUELO DE HAGEN

El sábado 10 de mayo de 1941, un caza bimotor Messerschmitt Bf 110 (Me 110) despegó al atardecer de la base de Augsburg (Alemania). A petición del piloto, que no hace precisamente su primer vuelo en este aparato experimental, el avión se ha dotado de un depósito suplementario en forma de gran cigarro puro. Justo antes de despegar, el hombre ha echado un último vistazo a los últimos boletines meteorológicos, ha hecho poner en marcha los dos grandes motores y ha pedido que se retiren las cuñas de las ruedas. Ha metido gas y ha alzado el vuelo no sin haber saludado antes a las personas presentes en la pista. En la carlinga, este capitán de la Luftwaffe a los mandos es el único que sabe que su destino se encuentra a 1.370 kilómetros de allí, al límite de la autonomía del aparato. Punto de destino: la costa oeste de Escocia. Más precisamente: Dungavel, propiedad de un duque escocés. Antes del despegue, nadie de entre el personal de la base ha notado el menor nerviosismo por parte de este hombre que se va a jugar la vida en las próximas horas. A sus cuarenta y siete años, no es ya ningún joven para ser capitán. Solo parece tener un poco de prisa por partir, ya que, al no haber encontrado el mono de vuelo revestido de piel sintética que suele utilizar, ha tenido que tomar prestado otro en el local donde se cambian los pilotos. Lo devolverá a su regreso... Antes de partir le ha entregado a su ordenanza un sobre sellado. Son un poco más de las seis de la tarde, hora alemana.

PERSEGUIDO POR DOS SPITFIRE

Una vez en el aire, este veterano aventurero suspira de alivio. Espera que esta vez todo irá bien, ya que es su tercera tentativa por alcanzar su misterioso destino. A una velocidad de 620 km/h, el pesado Me 110 sobrevuela Alemania, en dirección al Mar del Norte. El piloto evita las zonas de exclusión aérea. Con los oídos ensordecidos por el ruido de los motores a pesar de las orejeras de su gorro de cuero, consulta sus instrumentos sin dejar de mirar el mapa que ha colocado sobre un muslo. Detalle curioso: lleva colgada del cuello la máquina de fotos de su esposa. Ha querido coger la suya al salir de casa, pero en el último instante se ha dado cuenta de que ya no tenía película. ¿Va a hacer un reportaje fotográfico de la región vista desde el cielo? En este periodo de la guerra eso parecería cuando menos incongruente.

Pasada la isla de Holy, enfila directamente al Oeste. Sin tan siquiera proponérselo (no lo vio en su momento), deja atrás a dos Spitfire enemigos lanzados en su persecución. Los aviones ingleses no consiguen seguirle, sobre todo debido a que pierde altura y entra en una espesa capa de niebla. Y llega a las estribaciones de los Cheviot (cadena de colinas en la frontera anglo-escocesa).

Era la referencia elegida anteriormente por mí —escribiré después de la guerra al relatar su gesta—. Escalé literalmente las pendientes manteniéndome a pocos metros del suelo. Nunca subí una montaña tan rápidamente. Desviándome ligeramente a la derecha, me deslicé sobre la otra vertiente. Al sobrevolar de nuevo terreno llano, hice pasadas rasantes por encima de los tejados de las casas y de las cimas de los árboles, saludando con la mano a los hombres que trabajaban en los campos. El altímetro indicó que tomaba altura. De pronto, me vi ante mi segundo punto de orientación: una pequeña presa en una estrecha cadena de montañas dominadas por el pico Broad Dav. Ahí tenía que desviarme hacia la izquierda. No tuve que consultar el mapa; todos los detalles, velocidad del viento, distancias, estaban grabados en mi memoria.¹

Sobrevuela Coldstream, Peebles y Lanark. Poco más tarde, en el centro de mando de la Royal Air Force (sector de Turnhouse, en la periferia

de Edimburgo) el asombro llega a su punto máximo. Un puesto de observación local situado en la costa acaba de señalar la intrusión de un caza bimotor enemigo, en este caso de un Me 110. La información es manifiestamente errónea, ya que ese tipo de avión no puede aventurarse tan lejos de sus bases sin arriesgarse a caer, por falta de combustible para el retorno. Sin embargo, es confirmada un poco más tarde. Y llega otra: el Messerschmitt pierde altura. El avión parece buscar su ruta. Ha efectuado varios regates al sobrevolar Ardrossan, ya a algunos kilómetros en el interior. Repentinamente desaparece de las pantallas de radar a las 23.07, hora inglesa.* En ese momento, un miembro de la Home Guard (organización de defensa formada por voluntarios locales) señala que un avión de caza se ha estrellado en Eaglesham, al sur de Glasgow. Se habría visto saltar al piloto en paracaídas. Pero ¿qué demonios viene a hacer este alemán a ese rincón, sin esperanza de regreso a su país? ¿Una avería? ¿Un error de pilotaje? ¿Una desertión? ¿Un espía?

UN EXTRAÑO AVIÓN DESARMADO

El capitán Gemmel y el subteniente Fowler, dos oficiales de la Royal Air Force (RAF), se precipitan a su automóvil para ir a ver la carcasa de ese avión considerado uno de los más rápidos de la época. Les esperan dos sorpresas en el lugar, aún en llamas, del accidente. Constatan que el avión no lleva la clásica matrícula de identificación reglamentaria sino solamente un código de entrega de fábrica (VJ-OQ). Eso quiere decir que el aparato no es operacional y no pertenece a una unidad constituida de la Luftwaffe. Puede considerarse como un aparato de prueba, incluso aunque algunas bases del ejército del aire alemán estén bien dotadas de este modelo. Pero su asombro es todavía mayor al ver que el armamento, retorcido por el choque y el fuego, está aún lleno de residuos de grasa de protección y sin ninguna munición embarcada. En pocas palabras, el avión no está oficialmente identificado y es perfectamente incapaz de combatir. Por lo tanto no puede tratarse de un avión de combate extra-

* Hay una diferencia de una hora con el horario alemán.

viado. Sin contar con el hecho de que su límite de autonomía excluye técnicamente un vuelo de regreso a Alemania.* El misterio es total para los oficiales ingleses, perdidos en conjeturas.

Por su parte, el piloto alemán objeto de sus interrogatorios, nunca ha querido aterrizar tranquilamente en Dungavel. Es verdad que en este rincón de Escocia existe una pista privada, en la finca del duque de Hamilton, por entonces *Wing Commander* (teniente coronel) en la RAF, pero no es lo suficientemente larga ni lo suficientemente sólida como para que en ella aterrice un avión tan pesado como el Me 110. En realidad, para aquel patriota intransigente no era cuestionable correr el riesgo de dejar en manos del enemigo un avión intacto y tan sofisticado como el que él mismo ha puesto a punto y modificado durante meses con la ayuda de ingenieros y mecánicos de las fábricas de Messerschmitt. No tiene la intención de posarse para dejar su avión en manos del enemigo. Lo sabe desde el despegue: tendrá que encontrar otra manera de tocar el suelo.

EYECCIÓN PELIGROSA

De hecho, este extraño capitán sabe desde el principio que tendrá que saltar en paracaídas en el momento idóneo. Es una actividad que no ha practicado nunca durante la Gran Guerra, cuando era un joven piloto de caza a los mandos de un Fokker. Tendrá que improvisar una vez que se aproxime a Dungavel. No es un asunto sencillo, pues por entonces no existe aún el asiento eyectable. Una vez abierta la cúpula, trata con dificultad de salirse de la carlinga, embutido en su mono y entorpecido por el peso del paracaídas. La fuerza del viento le clava contra su habitáculo. A pesar de sus esfuerzos por salir, está como pegado. No puede demorarse, ya que el avión se acerca al suelo. Se acuerda entonces del relato de un

* El Me 110 tenía una autonomía de vuelo el doble de la del Me 109: o sea, 800 km de radio de acción. Solo la reducción de la estructura pasando de dos a un solo piloto y un depósito suplementario colocado bajo la carlinga permitían doblar la distancia total franqueable.

compañero de la Luftwaffe —el general Ritter von Greim— que explicaba que en ese caso era preciso poner boca abajo el avión, para que la ley de la gravedad extraiga mecánicamente al piloto de la carlinga. Hess intenta esa maniobra. La sangre le baja inmediatamente a la cabeza... y se desvanece. El avión pierde altura. Vuelve en sí, retoma la maniobra y acaba por caer como una piedra. Acciona el paracaídas. Nota enseguida mucho dolor: al saltar, se ha herido seriamente en un tobillo y en la espalda. La fuerza del aire le ha proyectado brutalmente contra la cola del Me 110. El choque ha sido tan violento que al instante su pierna se empapa de sangre y se inflama hasta la rodilla.

Cuenta Hess:

Me columpiaba en el aire, envuelto por una bruma que la luz de la luna llena apenas iluminaba con un débil resplandor rojizo. El brusco choque que supuso mi contacto con el suelo bastó, tras los incidentes anteriores, para que mi sangre acabara de fluir desde mi cerebro hasta mis piernas. Tropecé y se hizo otra vez de noche en mi cabeza; dicho de otro modo, estaba de nuevo en plena confusión. Esta vez volví en mí muy lentamente. Si mi reacción no hubiera sido tan rápida en el avión, el desenlace hubiera sido fatal. Todo daba vueltas a mi alrededor. Cuando recobré el conocimiento, mi expresión debió de ser la de Adán cuando, nacido del limo de la tierra, contempló el mundo por primera vez. No tenía el menor recuerdo de lo que me había pasado y me preguntaba dónde me encontraba. Por fin, me pareció, poco a poco, que había alcanzado mi objetivo —o más bien emprendido un nuevo rumbo—.²

Está vivo cuando en buena lógica hubiera debido terminar su loca carrera atrapado entre los restos de su caza. Es un piloto con suerte; con suerte de haber llegado hasta allí sin haber sido abatido por los cazas británicos o por la defensa antiaérea; con suerte de encontrarse en tierra, es verdad que herido, pero entero; con suerte de haber tocado tierra a pocas decenas de kilómetros de su objetivo inicial: la finca del duque de Hamilton. Los astros estaban con él esa noche. Él lo sabía al salir de Alemania en esta loca escapada. Por eso había elegido la fecha del 10 de mayo para el recorrido aéreo de su vida. La primera parte de su misión se

ha cumplido: está en Escocia, en tierra enemiga, para entregar un mensaje de paz e intentar cambiar el curso de la guerra. Entretanto, sus amigos de la Luftwaffe se preparan para descargar 9.000 toneladas de bombas sobre Londres y sus alrededores. Es precisamente para detener eso por lo que se encuentra solo en plena noche, enredado entre las cuerdas de su paracaídas y renqueante.

¿ES USTED ALEMÁN?

No lejos del punto donde hace impacto viven el granjero David McLean, su madre y su hermana. El soltero ha visto por la ventana una especie de corola blanca destacándose en la oscuridad de la noche. Corre hasta los campos vecinos y encuentra allí a un hombre tendido en el suelo que intenta torpemente liberarse de su arnés. Una vez en pie, el aviador cojea. «¿Es usted alemán?», pregunta McLean. «Sí, soy el capitán Alfred Horn.* Quiero dirigirme a Dungavel. Tengo que entregar un mensaje importante al duque de Hamilton», responde en un buen inglés. Horn no lo sabe todavía, pero ha aterrizado a unos cuarenta kilómetros de Dungavel Hill, donde se encuentra el duque escocés con el que tiene tanto interés en encontrarse. Definitivamente, es un piloto con talento. Después de asegurarse de que el hombre no está armado, el campesino escocés le conduce hacia su granja; Hess avanza con dificultad, con el paracaídas hecho un bulto bajo el brazo. Una vez allí, el granjero le ofrece té en su mejor vajilla. El alemán declina educadamente, aduciendo que es una hora demasiado tardía para beberlo. Pide un sencillo vaso de agua. A pesar de las circunstancias, el desconocido parece seguir estrictamente su programa alimentario. Otro rasgo chocante.

Instalado en la butaca de cuero más cómoda de la casa, el capitán Horn no tarda en extraer de su bolsillo unas fotografías de su hijo de cuatro años de edad. Todos se extasían ante aquella cabecita rubia...

* A. H.: las iniciales de Adolf Hitler. Hess diría más tarde al director de la prisión de Spandau, Eugene Bird, no haber sido consciente de esa coincidencia.

«Mi hijo; le he visto todavía esta mañana, pero a partir de ahora no sé cuándo podré volver a verle», dice el hombre caído del cielo. Un sorprendente ambiente *home sweet home* se instala en la habitación en presencia de un enemigo cuyos hermanos de armas bombardean las ciudades inglesas. A sus anfitriones les llama la atención la calidad del tejido y el corte del uniforme gris-azulado que viste bajo su mono de cuero y, sobre todo, sus grandes botas de vuelo forradas que parecen enormes pantuflas. Ostenta además un hermoso reloj de oro³ y un brazalete de identificación militar. Sin duda un alto personaje, a pesar de su grado de oficial subalterno. Los McLean están bastante impresionados, mientras el tipo parece encontrarse cómodo a pesar de la incongruencia del encuentro. Pide ser conducido lo antes posible a la presencia del duque de Hamilton. El granjero le explica que eso no está en su mano y que es competencia de los soldados que no tardarán en venir a recuperarle (un hombre había salido a prevenirles).

Efectivamente, unos minutos más tarde cuatro escoceses entran en la granja para hacerse cargo del prisionero. El único que está armado (en este caso, con un revólver Webley) apesta a alcohol —estamos en pleno *week-end*...—, lo que hace que Horn tema un gesto irreparable por efecto de algún hipo inoportuno. Ello pondría un término prematuro a su misión, ahora que su llegada ha sido un tanto milagrosa. «Al oír sus continuos eructos y notándole titubear, pensaba que el mismo Dios intervenía para retener aquel dedo [sobre el gatillo]»,⁴ dirá más tarde en una carta a su mujer.

¿YOGA?

A partir de haber tocado suelo escocés se suceden las escenas más extravagantes. Acogido unos instantes antes como un amigo de la familia, ahora se encuentra apuntado con un arma por un hombre de la guardia nacional. Sin embargo, las sorpresas no han hecho sino comenzar. Conducido por sus guardianes borrachos a un cuartel militar para ser custodiado en ella, Horn se tumba en un suelo mugriento, adoptando una postura de yoga de relajación completa, separados cuerpo y espíritu. El alemán no hace sino imitar la postura adoptada por los árabes antes de

una larga y peligrosa travesía del desierto. Una técnica que en su infancia había observado diversas veces en Egipto. Después de unos minutos en esa postura se siente en forma para proseguir su misión. Alarmados, sus guardianes temen que se haya desvanecido y constatan atónitos su perfecta distensión en medio de su agitación. El capitán alemán no se resiste a dedicarles una mirada de consternación al ver el lamentable zafarrancho de combate que ha desencadenado su imprevista llegada: cada cual se ha dedicado a la búsqueda de su equipamiento y su fusil en el desorden más completo. «Una situación imposible en Alemania»: eso es lo que el hombre del Webley ha leído en la mirada llena de ironía y conmiseración del alemán.

Conducido a continuación al cuartel de Maryhill, en Glasgow, el extraño invitado no deja de insistir en encontrarse con el duque de Hamilton. Obstinadamente, rechaza explicar a sus anfitriones la razón de su apremiante requerimiento. Finalmente, el domingo 11 de mayo de 1941, por la mañana temprano, el dichoso duque es alertado. Lleno de curiosidad, se pone en camino con un oficial investigador para ir al encuentro de este visitante caído del cielo no lejos de sus tierras. Antes de llevarle ante él, los oficiales proceden allí mismo al examen de los efectos personales del prisionero: una máquina de fotos Leica con una película nueva, fotografías de él y de un niño pequeño, tarjetas de visita a nombre del doctor Karl Haushofer y de su hijo Albrecht. A Douglas Hamilton le sorprende mucho encontrarse con las tarjetas de estas dos eminencias alemanas, especialistas en geopolítica y anglófilas, a las que conoce bien, sobre todo a Albrecht Haushofer, que es amigo suyo. Al proseguir con la investigación, Hamilton descubre una cantidad importante de medicamentos homeopáticos, de elixires y de lociones más o menos extrañas. ¿Quién es entonces este aviador? ¿Es un médico, un enfermo grave, o acaso otra eminencia?

Como oficial superior, Hamilton entra en la habitación donde está el prisionero seguido por dos hombres, el oficial investigador y el oficial de guardia. Inmediatamente, el capitán Horn se dirige a él en inglés y le pide tener con él una conversación aparte. Los oficiales salen, siguiendo la invitación del duque. Entonces, sin más preámbulos, el alemán le dice: «No sé si me reconoce... ¡Soy el *Reichminister* Rudolf Hess!». Por un instante, el duque se queda sin voz: «¡¡¡Realmente es usted Rudolf Hess!!!

Lamentablemente, no hay posibilidad de verificar sus palabras». Hess saca entonces de debajo de su almohada una fotografía de él con su hijo y otras en las que aparece en uniforme. Y se precipita a explicarle que el Führer en ningún caso quiere la destrucción de Inglaterra: «¡Mi misión es humanitaria!», precisa. Hamilton se queda atónito. Ha empezado el «caso Hess».